LA QUEJA DE LA MODERNIDAD

AVITAL RONELL

BIBLIOTECA MASA CRÍTICA CLACSO

CLACSO

LA QUEJA DE LA MODERNIDAD

La queja de la modernidad

Avital Ronell
TRADUCCIÓN DE PAULA VASILE

CLACSO
Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales
Conselho Latino-americano de Ciências Sociais

CLACSO Secretaría Ejecutiva
Karina Batthyány - Secretaria Ejecutiva
María Fernanda Pampín - Directora de Publicaciones

Equipo Editorial
Lucas Sablich - Coordinador Editorial
Solange Victory - Gestión Editorial
Nicolás Sticotti - Fondo Editorial
Paula Vasile - Traducción
Pablo Amadeo - Dirección de arte y diseño editorial
María Clara Diez - ebook

Ronell, Avital
La queja de la modernidad / Avital Ronell. - 1a ed . - Ciudad Autónoma de Buenos Aires: CLACSO, 2022.
Libro digital, EPUB - (Masa crítica)
Archivo digital: descarga
Traducción de: Paula Vasile.
ISBN 978-987-813-102-3
1. Ensayo Filosófico. I. Vasile, Paula, trad. II. Título.
CDD 306.2
© Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales
Queda hecho el depósito que establece la Ley 11723.

CC BY-NC-ND 4.0

La responsabilidad por las opiniones expresadas en los libros, artículos, estudios y otras colaboraciones incumbe exclusivamente a los autores firmantes, y su publicación no necesariamente refleja los puntos de vista de la Secretaría Ejecutiva de CLACSO.

CLACSO
Estados Unidos 1168 | C1023AAB CABA | Argentina
Tel [54 11] 4304 9145 | Fax [54 11] 4305 0875
clacso@clacsoinst.edu.ar | www.clacso.org

Este libro se realizó con el apoyo de Transnational Institute

NOTA EDITORIAL

Un mundo que atraviesa un tiempo de intensas transformaciones requiere ser pensado en sus asuntos más acuciantes: las múltiples formas en que se ejerce la violencia, el incesante aumento de la desigualdad, los daños al ambiente y a los seres que habitan la Tierra, la violación de los derechos humanos, la militarización de los territorios o el impacto de una pandemia sobre el tejido social, especialmente en sus sectores más vulnerables.

Lejos de documentar el pesimismo, aspiramos a construir herramientas teóricas para transformar las situaciones de injusticia en un ejercicio incesante que liga la teoría con la práctica.

El Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, con el apoyo del Transnational Institute, pone a disposición de las y los lectores una nueva colección de textos breves con los cuales esperamos contribuir a entablar diálogos tanto en torno a nuevos y viejos interrogantes, como a la búsqueda de respuestas originales a los problemas de nuestro tiempo.

La biblioteca masa crítica reúne a intelectuales que, desde una diversidad de perspectivas y tradiciones teóricas, han contribuido a la forja del pensamiento crítico enlazando reflexiones sobre tópicos y dilemas de nuestro presente histórico.

índice

Presentación
Por Alejandra Castillo

La queja de la modernidad

Presentación

ALEJANDRA CASTILLO[1]

1 Filósofa feminista. Profesora titular del Departamento de Filosofía de la Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación, Santiago de Chile.

En los tiempos de la indexación y la certificación continua, ya no hay más escritura en la Universidad. Ni siquiera en aquellas disciplinas que tenían en la letra su filiación, herencia y legado. La filosofía no es excepción. La escritura se ha vuelto transparente para la filosofía. La rapidez de la respuesta exigida por la productividad universitaria hace de la escritura en filosofía un medio que parece no tener importancia a la hora de presentar un tema o exponer un problema.

Más abecedario que escritura, sin duda.

La retirada de la escritura de las humanidades es un síntoma de la cuantificación neoliberal en la Universidad, su formato es el *paper* y su circulación busca validación en la evaluación y la competencia. La lógica que acompaña a estas contiendas evaluativas no es otra que una "tecnología del testeo". Haríamos mal en olvidar que esta particular tecnología no deja de anudar la violencia –en distintos formatos y diversas dosis– con la búsqueda de la verdad. Expuesto así el vínculo entre verdad y violencia, pareciera ser cierto que todo régimen de saber se instituye a través de una tecnología del testeo. Entonces, el problema no está en la tecnología en sí, sino en dónde situamos el límite entre lo que ataca a un cuerpo y lo que lo hace vivir.

Nacida en Praga, en 1952, la filósofa estadounidense Avital Ronell ha hecho de ese nexo entre violencia y verdad el lugar donde se incoa su trabajo de escritura. A contrapelo del desierto escriturario que caracteriza el paisaje de las humanidades contemporáneas, Ronell hace de la escritura un cuerpo afectivo desde el que se perturban y alteran los márgenes de la filosofía. Su escritura, por ello, deja la luminosa transparencia del comando indexado para acercarse más a un tejido que hilo a hilo va tramando diversos archivos, doctos o profanos, que vibran, tocan y afectan.

En un continuo roce de zonas, o barrios simbólicos, la filosofía dice lo que sabe decir. En su manifestación oculta la violencia que le es propia, desestima lo cotidiano así como desestima a la mujer y la nocturnidad de los quehaceres diarios (a pesar de que cada letra que organiza su discurso lleva impresa la filiación de lo cotidiano), e ignora lo que la desestabiliza. Esta vibración de registros, zonas y escrituras la encontramos en figuras dobles y porosas, en envíos inseguros que atraviesan territorios filosóficos y literarios, en la detención de formalismos letrados, en interferencias electromagnéticas, en contagios y contaminaciones que se dan a leer o descifrar en libros como *Dictations* (1986), *The Telephone Book* (1989), *Crack Wars* (1993), *Finitude's Score* (1998), *Stupidity* (2002), *The Test Drive* (2005), *Loser Sons* (2012) y *Complaint* (2018). No parece casual, en este sentido, que dos de sus primeras traducciones al castellano, *Pulsión de prueba* (2008) y *Reinas de la noche* (2012), hayan sido acogidas por la editorial argentina *Interzona* y por la editorial chilena *Palinodia*, respectivamente.[2]

Habría que decir que en esos cruces, desvíos y giros, Avital Ronell va trazando, desde una de las orillas del barrio crítico de la filosofía, un movimiento de ida y vuelta, que en su mismo tránsito abre el contagio, da cabida a la temida transmisión, infectando a la filosofía como si fuera un cuerpo, interfiriéndola a su vez con extrañas tecnologías, como si la metafísica no fuera otra cosa más que una máquina electrónica. Lo que sale del barrio filosófico, y lo que entra luego, no es tan distinto a una tecnología, sin embargo. Eso bien lo sabemos hoy, en tiempos de zoonosis, donde ya no es posible asegurar que las transmisiones, los saltos y las infecciones obedezcan a condiciones puramente naturales, a un orden cuya constitución no sea de principio a fin técnica, maquinal, electrónica. No hay lugar para la pureza en la escritura de Ronell. La tecnología es máquina de guerra, droga y escritura. Pero todavía más, la tecnología es un cuerpo extraño que se aloja dentro como un virus, habitando nuestra intimidad como un pálpito y murmullo subterráneo. La filosofía es esa tecnología que simula ser una entidad vagabundeando

por callejones inesperados, moviéndose en "pandillas o como punk solitaria buscando su dosis de problemas y aporía (…). La filosofía nunca estuvo allí donde esperábamos encontrarla. En todo caso, nunca estuvo en casa, sino dando vueltas por los peores barrios de lo real".[3]

Algunos de esos barrios llevan por nombre Friedrich Nietzsche, Sigmund Freud, Jacques Derrida y Philippe Lacoue-Labarthe.

No habría que esperar fidelidad al archivo que tales nombres portan. Su escritura altera los nervios. Así, al menos, lo confiesa Derrida al observar lo que la escritura de Ronell le hacía a la deconstrucción en América.[4]

A la manera de un virus que se infiltra, la escritura ronelliana avanza apropiándose del corpus de la filosofía, transformando su estructura letra por letra, para luego alterar su *corpus* utilizando el mismo código que ha sido apropiado y expropiado en transmisión.

Quizás, por ello, se podría signar la operación escrituraria de Ronell como "inmunitaria". Una escritura que da lugar a las nociones de parasitismo y contaminación. A partir de estas figuras monstruosas de la mímesis, se interrogan los archivos que dan contorno y visibilidad a la *physis*, a los cuerpos textuales, visuales, políticos y sociales. Sería errado pensar que esta operación inmunitaria queda circunscrita a los posibles de la lengua universitaria.

Desbaratando esa lengua, Ronell contamina "la atmosfera refinada" de los centros académicos estadounidenses poniendo en el centro de los debates de la literatura y la filosofía la epidemia del sida. El síndrome de inmunodeficiencia adquirida no solo afecta el cuerpo de quienes lo padecen, sino que se vuelve la metáfora de la transformación de la guerra tradicional en una guerra securitaria:

> El sida se ha extendido al cuerpo político, donde la Guerra del Golfo, en tanto fantasma de una intervención segura y sin derramamiento de sangre, deviene el síntoma por excelencia de la traducción incontrolada del síndrome a otros cuerpos que sienten la necesidad de obtener, en un teatro histórico universal, resultados negativos en el test de VIH.[5]

Si volvemos la mirada a nuestro contexto actual advertimos que este escenario de epidemia, infección, contagio, testeo y guerra se continua e intensifica con la pandemia mundial de COVID-19. De entre todas las mercancías propias de este repertorio, el testeo parece ser la palabra clave que describe el orden contemporáneo. "No existe tecnología que no vaya a ser testeada", advierte Ronell. El conjunto semántico que se organiza en las palabras *testeo*, *prueba*, *certificación* y *evaluación* nos lleva a campos tan disímiles como el médico farmacéutico, el armamentista, las propedéuticas teleducativas y la producción en general. Nada será usado sin ser testeado y aprobado, esa es la principal regla que impone el capitalismo en su fase de integración planetaria. El test es el requisito básico para toda circulación, sea esta la de una droga, la de un arma de destrucción masiva o la de un *paper*. El diseño probatorio que describe al test va configurando subjetividades cuya autonomía, cada vez más, es delegada a la eficacia del propio test. El testeo se revela así como la verdad de la subjetividad moderna, como el medio a través del cual el ser se desvela, se da en su verdad o prueba primera.

Este pequeño sometimiento de la subjetividad a los procedimientos de verdad de la prueba se establece a partir de la promesa de seguridad que proporciona el test, el control, la certificación. "Los extremos se tocan", diría Joyce, volviendo así visible la razón inmunitaria del orden actual. La guerra preventiva entra en contacto con el deseo de quienes quieren erradicar toda inseguridad de sus vidas. Y, sin embargo, nunca antes tuvimos la certeza de que caminamos hacia nuestra propia extinción. El progreso y su temporalidad inyectan veneno en pequeñas dosis al cuerpo de la humanidad –parafraseo a Ronell quien, a su vez, parasita de *La genealogía de la moral* de Nietzsche–.[6]

El testeo no se detiene ahí. La mirada es una zona de guerra, un espacio de conquista en las luchas tecnovirales de nuestro tiempo. La imagen televisiva es una intensa pedagogía visual que enseña lo que debemos mirar y las tecnologías de las audiencias nos indican lo que debe ser exhibido, mostrado, replicado, transmitido.

El *rating* es una de esas tecnologías. Las imágenes de las redes sociales recrean tantos escenarios como gustos indiquen las miradas. El algoritmo es otra forma de test, otro control de la dinámica de transmisión. En "Trauma TV", texto escrito en el año 1992, Ronell insiste en esta lógica inmunitaria, volviendo visible la violencia de Estado, el doble local que habita en el diseño securitario del orden global. Más aún, la televisión –y las redes sociales, agregaríamos– es un dispositivo ligado a la ley y a un orden inmunitario.

El 25 de mayo del año 2020, George Floyd es asesinado por la policía de la Ciudad de Minneapolis, en Minnesota. El acto es grabado con una cámara de teléfono móvil por un transeúnte que está en la escena. Las imágenes se vuelven virales desencadenando una revuelta contra cada uno de los símbolos que representan el poder racial y clasista de la sociedad estadounidense. Prácticamente treinta años antes, el 3 de marzo del año 1991, Rodney King es brutalmente agredido por varios agentes de la policía de la Ciudad de Los Ángeles, en California.

El incidente es registrado esta vez en una cámara Sony, por George y Eugenia Holliday, unos videoaficionados que fueron testigos de la golpiza. Las imágenes prontamente se viralizan en los noticieros y sirven de medio de prueba para determinar la culpabilidad de los policías involucrados. El juicio, un año más tarde, determina la inocencia de los policías. La indignación por el veredicto gatilla una ola de protestas contra el Estado, lo que obliga a realizar otro juicio.

No es casual que George Floyd y Rodney King sean afrodescendientes, no hay casualidad para la policía. Treinta años transcurren y, sin embargo, se asiste a la misma escena de racismo, a la misma escena de violencia policial.

Al igual que las otras figuras en el trabajo de Ronell, la imagen en "Trauma TV" no se deja describir en la unicidad. La imagen es dominio, adormecimiento y anestesia. La presencia repetitiva de las imágenes (en la televisión o en las redes sociales) inyecta amnesia a quienes ya tienen la mirada adormecida. Pero, de igual modo, la imagen da lugar al extrañamiento, a la alteración, a la indignación, a la queja y la revuelta.

La imagen se vuelve pública, se viraliza y toma el lugar de la prueba. Y, no obstante, su función, en ambos casos, altera el comando securitario. En palabras de Ronell, "el video testimonial pone en aprieto a la ley".[7] La imagen testimonial es queja y grito que detiene la máquina de guerra inmunitaria y contagia indignación y protesta. La imagen testimonio se desenmarca y se vuelve un "video nómade o testimonial que practica una estrategia de silencio, ocultamiento y semántica no ensayada, instalado como está en la televisión como virus o parásito, custodiando la televisión, por momentos produce el Grito Ético que la televisión ha interrumpido masivamente".[8]

El grito ético o la queja suspende las jerarquías y coordenadas de lo moderno. La queja es lo que resta, a lo que nos aferramos cuando el lenguaje, letra a letra, nos narra en la violencia y la exclusión. Quizás no sea más que un murmullo subterráneo que enlaza demandas, dolores y experiencias en el barrio de lo femenino: "no hay deseo de supervivencia sin lo femenino".[9]

No parece ser errado afirmar que lo femenino es el límite y acabamiento de la razón androcéntrica y, por sobre todo, nudo en el que enredar diversas posiciones, reclamos y posibilidades para otras políticas. Medusa, Medea, Antígona son nombres de la desmesura y la queja, eternas ironías de la comunidad de los hombres.[10]

Avital Ronell nos recuerda que no hay amistad entre quienes han sido marginados por la República, por el Estado, por la filosofía. "Simplemente no hay un llamado a la amistad entre las mujeres en el dictado metafísico".[11] Tal vez la única amistad que les esté permitida a las mujeres

sea la de la "narrativa de la queja".[12] Un testimonio de quien no tiene las palabras adecuadas, más ruido que voz, más cercano al resentimiento y a la acusación que a la valentía del *parresiastés*.

A veces la queja no se aparta de los lindes de los procedimientos subjetivos instaurados por la modernidad en la configuración del "yo", otras veces la queja no abandona las fronteras de la exposición narcisista propia de las redes sociales –remozado lugar para la constitución del yo en la época del capitalismo de plataformas–.

Pero otras tantas, quizás las más importantes, la queja es revuelta, suspensión de las coordenadas de lo establecido y alteración de lo en común. La queja es *Ni una menos* en Argentina (2015), es la oposición a medidas económicas abusivas en Ecuador (2019), es la revuelta contra el neoliberalismo en Chile (2019) y es el estallido social contra el racismo de Estado estadounidense (2020).

Eso lo sabemos de manera cruel con Rodney King, George Floyd y Chiara Páez. Su queja, su grito, se emparenta con el de Antígona, y el de esta con el de Anita Hill, y a partir de ahí con las "locas mujeres" –para decirlo con Gabriela Mistral– que suspenden la política de la amistad (masculina, blanca) desde un testimonio que exige justicia y en esa exigencia contagia subversión.

2. Los libros de Avital Ronell traducidos al castellano son los siguientes: Pulsión de prueba, trad. Mariano López Seoane, Buenos Aires, Interzona, 2008; Reinas de la noche, trad. Mariano López Seoane, Santiago de Chile, Palinodia, 2012; y Crack Wars. Literatura, adicción, manía, trad. Mariano López Seoane, Ediciones de la Universidad Tres de Febrero, Buenos Aires, 2017.

3. Ronell, Avital (2012). "Los peores barrios de lo real (la filosofía - el teléfono - la contaminación)". En Reinas de la Noche. Santiago de Chile: Palinodia, p. 95.

4. Ronell, Avital (2011). "El rush del pensar. Conversación con Julio Ramos". Papel Máquina, núm. 6, Santiago de Chile, p. 168 [número dedicado a Avital Ronell].

5. Ronell, Avital (2012). "Reinas de la noche". En Reinas de la noche, óp. cit., p. 20.

6. Ibíd., p. 48 ["Reinas de la noche"].

7. Ibíd., p. 64 ["Trauma TV. Doce pasos más allá del principio del placer"].

8. Ibíd., p. 62 ["Trauma TV. Doce pasos más allá del principio del placer"].

9. Ibíd., p. 93 ["Los peores barrios de lo real (la filosofía - el teléfono - la contaminación)"].

10. Ronell, Avital (2004). "The Deviant Payback: The Aims of Valerie Solanas". En Valeria Solanas, Scum Manifesto. London/New York: Verso.

11. Ronell, Avital (2018). Complaint. Grievance Among Friends. Illinois: University of Illinois Press, p. 9.

12. Ibíd., p. 9 y ss.

La queja de la modernidad

Como principal sintomatóloga y jefa de la Oficina de Quejas Existenciales, aprendí por las malas que estamos atrapados en una red de agravios, cuya parte noble está perdiendo ímpetu. Por mi parte, suelo enfadarme con tesón, siempre dispuesta a presentar una queja contra tal o cual daño atroz e injusticia social. Pero ¡escuchen esto! También soy alérgica a los quejumbrosos y quejosos que desafían mi escudo psíquico y disuelven de manera traumática mi relación con el mundo (tal como es, o era, esta constitución del "mundo"). Los traficantes de quejas, que interrumpen de forma indiscreta con su percepción crónica de privilegio perturbado, están decididos a irritarme. ¡Cómo aborrezco a los incesantes quejosos y refunfuñones! Cuánto más desprecio a quienes, imperturbables ante toda clase de injusticias, no encuentran *nada* de qué quejarse (incluso hoy), y se la pasan sonriendo, grotescamente contentos, bloqueando las puertas de entrada a la protesta y la justa indignación. *Soy un desastre*.

Esta irritante situación no es mi culpa, porque solo soy una reflectora, hecha para absorber los hábitos destructivos de mis contemporáneos y los usurpadores sociales que me rodean. Como encargada de desplegar diferentes morfos de duelo cívico, redirijo agresiones libidinales desmedidas que atacan nuestras zonas de encuentro compartidas. El presente trabajo busca determinar si el registro de quejas que nos aprehende constituye un error o un rasgo esencial de las condiciones de nuestro "ser con", nuestro *mitsein*.

A pesar de la perturbación que soy capaz de sentir, también me preocupa aliviar el dolor. Cuando me enfrento a bastiones de poder obsoletos o presiono a los aguafiestas entre nosotros, a veces distribuyo suministros de emergencia de significado, como diría Nietzsche. Pero sobre todo, me quedo con las fracturas del ser, escalo los límites de la inteligibilidad, saco provecho de los gritos casi inaudibles de ahogada desesperación. Ya sea rastreando la forma en que las cosas se registran, recuerdan, incorporan o desautorizan, se aceptan falsamente o se integran de manera gradual, o se evalúa el clima de resistencia de cualquier situación que se vuelve más compleja debido a la ansiedad ética. Ya sea que intente exponer la ralentización que todavía afecta la forma en que pensamos y vivimos, busco encontrar y ofrecer algún alivio (a pesar de las probabilidades), y una carga nativa de escepticismo. Tal postulación de objetivos en relación con la escritura propia es a la vez necesaria y parece una aspiración poco probable, incluso para mí, cuando me pongo manos a la obra y tomo coraje para rescatar algo o a alguien susceptible de agresión inconsciente u objeto de ligeros y constantes embates de naturaleza material. Me han enrolado en el escuadrón de teóricos de Kant que disparan contra los tropos y los comportamientos de injusticia, y que lanzan cartuchos de fogueo a la noche de atroces estallidos de inmadurez social.

Tengo que fijar mi mirada en lo que puedo manejar, lo que no significa que sea experta en sobrellevar y calmar un sistema nervioso y frágil, o que tenga una idea acabada sobre cómo mejorar el sector secundario, y cada vez más minoritario, de un mundo del que me siento responsable, una rendición ante una carencia perpetua.

A diferencia de los protagonistas indignados de las tragedias griegas, ya no tenemos un coro al que devolver quejas espeluznantes, sino que perdemos el tiempo de manera infructuosa en recintos solitarios de llamadas interrumpidas. De vez en cuando, alguien se presenta como receptor sustituto de una queja emitida, o evoluciona a receptáculo, tal vez en forma de consultorio de analista. A diferencia de Antígona, ya no *resplandecemos* ante un repudio de la ley que colisiona contra el mundo. Aun así, buscamos alivio, sin una dirección adecuada, sin un dios que nos ayude.

Siempre en estado de alerta epistémica, la obra observa lo que se incorpora o expulsa de las consideraciones de premisas filosóficas que nos afligen tanto si son desatendidas, ya sea de manera encubierta o simplemente corrosiva. Tal vez no parezca que el topos de la queja pueda

pertenecer a los instauradores históricos o situarse en las grandes ligas del devenir, aunque los líderes más peligrosos de nuestro tiempo formen parte del gremio que estudio de quejosos crónicos y narcisistas perturbados. Una parte cada vez mayor de la historia se compone de quejas fallidas y pucheros llenos de resentimiento ante algún agravio. En general, cualquier motivo de indignación termina en mi escritorio y la preocupación por la desaparición de ciertas formas de protesta domina mis archivos. La capacidad de protesta para sostener y defender a los perjudicados todavía despierta mi imaginación y fomenta el deseo, por más que sea irrealizable, de acercarme a quienes atraviesan una debilidad desoladora. El inquieto *Sorge* (preocupación, preocupación, preocupación) me mantiene despierta. Considero que la desafección del quejoso califica como el portador de lenguaje más desestimado y se presenta como algo que no debe tomarse en serio. Es por eso que me pusieron en el caso, para que pueda retroceder, registrar los pasos en falso, verificar las preocupaciones infraestructurales mientras investigo un enunciado despreciado que, sin embargo, encabeza las listas de uso histórico del lenguaje. Incluso aquellos que se irritan contra él soportan la queja. Puede que digan "No te quejes, no des explicaciones", pero la supresión de la queja también reconoce su peso inmovilizador.

Si bien no detenta demasiado poder en relación con las posturas articuladas y posiciones aseveradas, la queja acecha nuestra era de justicia desesperada. Con sus rasgos libidinales y su carácter adictivo, aunque no sea posible invertir energía mental o emocional en ella, parece ordenar una amplia gama de acciones estancadas.

Al mismo tiempo, un núcleo de vitalidad aún se agita en la queja, lo que provoca allá y aquí un despertar político y diferentes tipos de atención o disidencia articulada,

e incidencia por los derechos que involucran instituciones de quejas médicas y legales, disponibles para quienes pueden formular su vida según los formatos que proporcionan los protocolos melancólicos.

La queja puede ser abordada a través de diferentes modalidades de convocatoria, lo que incluye sitios protectores marcados por el lenguaje y la propensión ética, los tonos emocionales. En un esfuerzo por explorar representaciones perturbadas de nuestro "ser con" (nuestro tipo de afinidad en la escasez de afirmaciones identificables), hemos centrado nuestra atención en un zumbido implacable de angustia, inclinándonos hacia el encuentro con la impotencia lingüística y ética.

A diferencia del lamento, que acarrea el peso de su propia autoridad y sucumbe ante él, la queja se multiplica cuando se expresa, irrita cuando se despierta y nos desconecta de su sistema de llamadas lleno de estática.

Si funcionara como un GPS, habría perdido la señal, abandonándonos al alcance de un pronunciamiento sin dirección. Carece de autoridad, no obstante, contamina y ocupa formas más fuertes de uso del lenguaje y de expresión política, lo que crea un estancamiento donde podrían haber surgido avances o nuevos tipos de direcciones y rupturas innovadoras. Si bien no posee el ímpetu de la indignación, la queja se encamina a la protesta, pero es secuestrada en el momento del derribo crítico.

Sin embargo, la queja lleva consigo un iniciador, una capacidad inicial para duplicar el alboroto de la injusticia relacionada con la existencia misma. "No pedí nacer" se compara con

otras expresiones iniciales que injurian al mundo tal como está ahora, desalentando su parte de promesa. La queja es la forma en que la autoridad de lo que no puede suceder hace ofertas fallidas, un enfrentamiento con las insuficiencias declaradas del ser.
Siempre al borde del autocolapso, deambula de manera incongruente en frecuencias de afirmaciones rechazadas, y a menudo provoca no más que un cañoneo de regaños intrascendentes, la queja es parasitada por llamadas fantasmales para lograr un reinicio y una retribución, que se trasmiten débilmente irradiadas a nuestras esferas de receptividad mundana. Todavía impulsa el cambio donde el lamento golpea con fuerza contra lo inalterable.

Es cierto que la queja rara vez proviene de un buen lugar, pero ese es el efecto bumerán frugal que estoy persiguiendo: buscar lo raro y prometedor, y hacer limonada de su atasco cuando sea posible y legítimo. A veces, la queja surge como consecuencia del *resentimiento* nietzscheano. Es una misiva de repulsión que roe, refunfuña, se queja y es mezquina, y se dirige a ninguna parte con disparadores súbitos y exprime gotas de rabia reprimida. De alguna manera, está ligada al mundo y lo que abomina al mundo, empeñada en expandir su vocabulario en tonalidades seculares. A pesar de haber acumulado una serie de degradaciones, la queja es el espacio donde aún se considera posible la reparación. Para permitir un destello momentáneo de antinomia, el lamento abandona la alteración o el impulso de cualquier cosa que no sea su propia anulación.

Está en la naturaleza de la queja recalcar este punto, sin fijar residencia en la "casa del ser". Insiste y reitera de forma monótona, aumenta su velocidad, se convierte en una estridente firma sónica que viaja detrás de sus posibles campos de significado. No hace nada, pero no perdona a nadie. Como contraejemplo abrasivo a la demostración filosófica, responsable de la ruptura de tipos normativos de disputa retórica y política, la queja derriba la aspiración del portador del lenguaje a cambiar el mundo y convertirse, a pesar de todo, en un anfitrión duradero para el estallido ocasional de significación, incluso con intencionalidad, aunque sin propósito, una estructura que Kant nos enseñó a acoger e integrar. La queja baja todos los significados trascendentales a la tierra.

Sin embargo, la Biblia registra muchas quejas y, a veces, enseña la virtud del padecimiento del carpintero. O aviva la ira del Todopoderoso, quien aumentó cada vez más Sus expectativas con la demanda de alabanza al mismo tiempo que mostraba cierta disposición a soportar las lamentaciones. Jeremías y Job representan dos ejemplos de portadores de quejas humanas y proféticas. Cuando Jeremías se queja, tratando de librarse de la persecución, el Señor dice, estableciendo el tono de humillación receptiva:

"Se pondrá peor". Jeremías se arrepintió de haber nacido. Tampoco fue creado a la ligera como prototipo de la primera perorata impotente, el principal descontento bíblico. A partir de su desfile de petulancia, el nombre de Jeremías se utilizó para designar tanto el punto de inflexión del lamento, de una queja triste, y una arenga de advertencia o furiosa: la jeremiada. La Biblia nos enseña que puedes patalear todo lo que quieras, pero todo empeorará.

Un problema que sustenta cualquier estudio serio de la queja es su tendencia a prolongar la duración de una fechoría lesiva. Al establecerse como una especie de trastorno de duelo, simplemente no la deja pasar, pero rechaza cualquier petición de indulto. La queja, tenaz y a menudo bastante agotadora y tristemente implacable, puede lograr que el movimiento (una de las definiciones de libertad de Hannah Arendt, "libertad de movimiento") se detenga, lo que obtura un mundo que se cierra sobre sí mismo y cuya vitalidad ha sido drenada. Al mismo tiempo, destaca la producción incesante de fastidio con una especie de aplomo denunciante, como emblema de fuerza, casi como si la queja emanara de una posición de convicción pura y loable.

En cierto modo, el estruendo de la queja en el vecindario del ser representa una forma de

decir “No hay justicia, no hay paz”, lo que fomenta la depuración de aquello que no debe tolerarse. La queja, de manera torpe, disminuida pero en parte adecuada, apunta a lo insoportable.

Casi hace soportable lo insoportable en la medida en que establece una cuota reducida, un lugar para su carga dentro del espectro negociado de mero fastidio, el polígono de tiro de disputas que hace que las dificultades de la vida sean manejables,

tal vez contenibles, si se incrementa la compulsión de repetición. En condiciones favorables, la queja eventualmente puede derribar una estructura defectuosa aunque, en su mayoría, digamos la verdad, las mentes perturbadas quedan inmunes a las mordeduras del lenguaje, que parecen hechas por insectos. El objetivo suele permanecer intacto. Más allá de su rango de movimiento efectivo, cuando se intenta determinar qué lado de la queja llega a la justicia o promueve más maldades, las sospechas nunca se dejan de lado. La queja parece estar en connivencia con la iniquidad misma que critica, aunque solo sea en la medida en que el problema prolonga su vida útil al convertirse en objeto de la obsesión del difamador.

En alemán, una forma de queja o lamento, el *klage*, cambia fácilmente en la semántica jurídica a *anklage*, acusación. El límite indecidible entre queja y alegación acusatoria (un traspaso que surge del estudio de Walter Benjamin sobre Karl Kraus) proporcionará una base para algunos análisis. Siguiendo el submundo de la “frase”, trato de considerar, en el trayecto entre los puntos de urgencia filosóficos y literarios, la contingencia no sistematizable, un entorno de performativos fallidos que motivan microeventos desatados por las quejas y sus contrapartes letales.

Por ejemplo, podría explorar lo que significa insultar a alguien, llevar al objeto de fastidio hacia y hasta la muerte.

En ciertos momentos, el esfuerzo por comprender la naturaleza de la queja puede parecer una labor insignificante en los campos de la teoría del lenguaje y la incidencia política. Silenciada de antemano, la queja no parece tener la medida de su objeto. El zumbido de las quejas inoperantes continúa y desafía sus escasas ganancias y la falta de autoridad para lograr que las cosas sucedan.

La queja, angustiada e inestable, ofrece un atisbo de esperanza de que algo pueda suceder y despierta a un sector aletargado en la retórica de la justicia.

Muestra la capacidad de despertar el cuerpo, ofrece un análisis somático y fenomenológico del ser agraviado y señala a los perseguidos y sometidos constantemente al malestar de la criatura. El cuerpo de Gregorio Samsa experimenta una metamorfosis debido a las peculiaridades de las quejas vagas que se han alojado en su estructura efímera. La queja ante injusticias recae sobre nuestras más íntimas disputas con la existencia.

Al quedar atrapada en los vientos cruzados de la protesta que se desvanece y la nueva paralización visible de los movimientos sociales (como amenaza, espectro o deflación histórica y material), me pareció relevante volver a los tableros de dibujo del lenguaje, las consignas, los ruegos, las acusaciones, las quejas y las consternaciones que gritan sin una dirección establecida o sin esperanza de una réplica suplicada. Además, soy partidaria de los tropos no canonizados de los lloriqueos y las quejas, una provisión de lenguaje a la que no contribuí lo suficiente aunque,

como alborotadora nata, tiendo a desviarme hacia zonas minadas y rutas de difícil acceso a temas del pensamiento u objetos marginados que implican una intromisión escandalosa. Pocos querrían reclamar el reino degradado de los desechos del lenguaje y hundirse en las profundas y sucias arenas de su uso, las alcantarillas de *Gerede*[13] o el chisme, conmigo y mi escuadrón de mujeres alfa.

De alguna manera, la queja sirve como antídoto para la *parole du maître* y evita, en términos de tonalidad y ritmo, cualquier discurso dominante. Sin embargo, con una inclinación de bajo perfil, poco masculina y tosca, en términos de codificaciones culturales, con la intención principal de atar a mujeres y niños, también se sitúa detrás y delante de las escenas de su despliegue, y sirve así como base del lenguaje, el lugar de donde parte cualquier acto de fraseo.

El lenguaje comienza y expira como protesta ante su propio despojo y su incapacidad para asegurar la solidez del mundo. Casi todos los bebés, al menos en Occidente, gritan su queja apenas ven a sus guardianes terrenales. No lo exploraré ahora, pero me parece curioso que el tema de la queja materna, ya sea que se la atienda de forma letal o que se asuma de manera abyecta, se repita a lo largo de numerosos textos. Además de ser un ejemplo estructurador, que es parte del cuerpo docente del agravio, la queja, esgrimida por algo así como un superyó materno, viene equipada con programas de extensión aterradores. La madre de Alejandro Magno asedió a su hijo guerrero con todo tipo de demandas, consejos estratégicos no solicitados. Solía disparar quejas de las que el gran soldado no podía defenderse de manera adecuada. El conquistador se quejó de que la renta por nueve meses en el útero era realmente elevada.

Una quejumbrosa agresión abatió a un pensador y guerrero, Philippe Lacoue-Labarthe.
De ella, apenas pueden trazarse sus contornos, ya que él considera que la constitución de cualquier fraseo, ya sea poético o filosófico, es un balbuceo que no puede categorizarse. Resulta que Alain Badiou se queja de la forma en que Lacoue manejó la descarga letal de quejas que le había disparado su madre. Ambos filósofos conocieron la necesidad de defenderse del lamento destructivo de las madres reprobadoras. De hecho, su trabajo y pasión política común emergen como una estrategia defensiva construida en torno al daño causado por la incursión "inmaternalista". Ya sea transmitida por vía materna o recirculada a través de sistemas de transmisión imposibles de rastrear socialmente, la queja, entumecedora y tonta, también amenaza con evitar la llegada del cambio o dar paso a nuevas formas de sociabilidad, parte de un inventario cada vez más reducido de oferta política y gramática ética.

Luego están los que no pueden quejarse. Chillan con la réplica de un desistimiento sumiso: "No puedo quejarme". Una expresión de éxito de taquilla, casi cordial, un elemento básico de la negación amable que examino de cerca que se pronuncia como la traducción callejera de un poema de Paul Celan: saben que no hay dirección en la era del anonimato de Di-s. ¿Quién contestaría tu llamada? Los que viven en un desamparo obstinado no pueden quejarse. Tampoco los soberanos, los que gobiernan en Shakespeare o en puestos esparcidos por el mundo. De todos modos, al afirmar que "no se pueden quejar", quienes se abstienen de hacerlo, los que desisten de manera resuelta, plantean el tema de la queja, su necesidad y futilidad, e insinúan un cúmulo de quejas preparadas, pero retenidas: podría quejarme, pero renuncio a la tentación de hacerlo. De todos modos, ¿quién, en una sintaxis de ser rilkeana, me escucharía? En cierto nivel de respuesta ética, cumplo con el mandato de abstenerme de expresar la queja.

El oficio de la amistad, sin embargo, permite la queja e incluso genera una estructura quejumbrosa. Sin blandir un certificado de legitimidad terapéutica, el amigo, ya sea fantasmal, futuro o estrechamente ligado en el tiempo, recibe la peor parte de la queja, atiende las lesiones y consiente a contabilizar los daños junto con el demandante aliado. No todos los amigos se involucran de esta manera pero, al menos estructuralmente, el amigo permanece disponible

durante las sequías psíquicas, escuchando los tintineos y las punzadas de la desilusión, el advenimiento del dolor agravado, la propagación de la perturbación en las líneas existenciales y mortales de la expectativa defraudada. El amigo, en algunos distritos, acompaña recorridos por el desierto, susurra de manera discreta al compañero abatido, es capaz de contener el despilfarro difuso de la desesperanza, modela las regiones más remotas de la justicia reparadora. *Está bien, una niña puede soñar*.

A veces, cuando llega la hora de la verdad, el amigo te abandona, retrocede a espacios descuidados de no retribución, por un momento, que parece toda una vida en años de perro, y huye.

Aristóteles describe la forma en que la amistad fácilmente anula los intereses en juego y se convierte en enemistad cuando crece la falta de respuesta, y quedas varado y ahistórico de manera repentina, despojado de narraciones compartibles.[14] El descuido de la amistad, los trastornos que agotan y las formas de no renovación aprobadas, ya sea expresadas de manera explícita o comprendidas de manera eventual, se convierten fácilmente en el principal objeto de queja. El amor perdido puede merecer lamentación, pero la traición de la amistad (un primo cercano que corteja una distribución diferente del amor, a veces por encima del protocolo amoroso) motiva la queja.

Producto de otra experiencia de duelo, el relato cerrado de la amistad despierta un léxico de mundanalidad decepcionada. Arendt se encuentra con este problema cuando se niega a rechazar la ambigua entrega de un premio e intenta entablar amistad con sus inciertos anfitriones alemanes y fantasmas judíos. Arendt, obligada éticamente pero comprometida en la práctica, acepta el Lessing-Preis a regañadientes y redacta su discurso de aceptación en torno al tema de la queja. Consciente de la presión de las expectativas que se acumulan en torno a su nombre en todo el mundo, se esfuerza por reparar una brecha histórica. Intenta hacerse amiga de lo imperdonable. La amistad, motor que pone en marcha el encuentro entre la política y la justicia, se une a causas que tienden a colapsar a medida que se aproximan a sus nobles metas. Sin embargo, la amistad nos permite vislumbrar lo "que debería haber sido" de lo "que es": carga con la responsabilidad de un estímulo ético y apoya el seguimiento disciplinado. En medio de su poema de duelo, "Andenken" ("Recuerdo", pensar en), la meditación de Hölderlin se sobresalta y pregunta "*Wo aber sind die Freunde*" (Pero ¿dónde están los amigos?). Esta pregunta constituye el eje en torno al que gira el gran himno de las figuras de la amistad lloradas y perdidas. ¿Dónde están los amigos cuando se los llama? Una queja central de proporciones éticas y consecuencias políticas, que describe el vínculo entre afinidad, alianza, parentesco, identidad de grupo, afiliación, los vínculos de confidente, socio, colega, compañero, compañero de equipo, así como la fusión de todos aquellos que requieren reparación, los conocidos renuentes, los familiarismos continuos, los giros íntimos de la extraña recombinación, la extraña abundancia y las tarjetas de presentación de parentescos completamente ilegibles.

Derrida señaló que la política de la amistad es fomentada principalmente por impulsos masculinistas. Históricamente, las mujeres no se consideran capaces de mantener una amistad. La filosofía respalda esa premisa. La amistad es cosa de hombres. Esto, en parte, me incita a entretejer la amistad (para la que solo tengo una identificación falsa y poca o ninguna autoridad metafísica) en la narrativa de la queja. La ironía de que una mujer entable una amistad va en contra de tanta inhibición heredada. En la llamada cultura popular, una incursión femenina en la zona de la amistad puede ser designada, de manera irónica, como "amiguitas", "mejores amigas para siempre" y otras reducciones abreviadas. En todo caso, una mujer es, ya que al menos Hegel expuso la letra pequeña del contrato metafísico, el enemigo de la comunidad. Puede ser enemiga, pero no amiga.

No veo ningún rastro de un cambio dialéctico a la demostración hegeliana. Mi esfuerzo por

convertirme en amiga, hacer amigos y crear familias fingidas en condiciones de hostilidad documentada, chocará de manera calculada contra esos muros duraderos. El padecimiento en mi historial contrapuntístico de amistades debe leerse con ironía alegórica, con el toque de un grano de sal punzante.

Tanto se militó contra tal extravagancia: *la hipótesis de que las mujeres estaban destinadas a ser amigas*. El lenguaje, los marcadores y hábitos filosóficos, los puestos de control lanzados de forma existencial se apilaron en nuestra contra. ¿Sobre qué base podría entablar una amistad? ¿Según qué libro mayor de determinaciones, contingencias aprobadas, lagunas contractuales o coordenadas transferenciales? El paso bloqueado a la amistad sigue siendo un dilema para quienes se constituyen, aunque sea de manera temporal, como mujeres. El convenio restrictivo es una parte rigurosa del orden de las cosas. Cuando eres una niña, la amistad no surge de la nada. Debes estar dispuesta a ir en contra de todo tipo de convenciones y restricciones establecidas de forma tradicional, la repercusión de postulaciones cínicas. Aun así, ninguna flexión de lucidez forzada te ayudará a alcanzar el grado de amiga, ya que la situación no se debe a un bloqueo accidental.

Nuestra herencia metafísica ha exigido rigurosamente el embargo del lazo femenino de amistad.

A pesar de las posiciones revolucionarias o los desplazamientos asistidos de manera cuidadosa, permanecemos atadas a una herencia insoportable que define, oprime, estructura, alimenta, regula o refuerza cualquier intento de reconfigurar la personalidad,

y que establece las reglas y normas, metafísicamente hablando, que hacen que los aspectos políticos de una relación sean asunto de los hombres. La metafísica, nuestro lenguaje de aula y trampolín existencial compartido, prohíbe la amistad entre las mujeres. Sin duda, hay mucho en juego, porque el motivo de la amistad asegura el modelado de todo tipo de disposiciones éticas y políticas vitales, y fundamenta nuestro sentido de la justicia. Como argumentó Derrida, la amistad sirve como modelo para las hendiduras políticas y amorosas. En cuanto a esta paralización y las tropologías relacionadas, las mujeres, en su mayor parte, fueron asignadas a los márgenes de la historia, a pesar de que demuestran ser expertas en rodajes entrometidos y traumáticos, y logran alcanzar un mínimo de reescrituras sociales. Pienso en Antígona, en las figurillas femeninas de Heinrich von Kleist que disparan a la contramemoria para bloquear las narrativas históricas de legitimación.

Aún nos sorprenden los aullidos de guerreras solitarias, como Valerie Solanas. Aún enfatizamos la desmoralización enfurecida de Ingeborg Bachmann y el continuo desconchar de Sylvia Plath. (Tengo más nombres en mente; me encanta la enumeración y la conmemoración del recuerdo; puedo excederme con mis listas, pero este no es el lugar para hacerlo). *La repetición es una fijación, pero esta consternación amerita repetir, gritar, obsesionarse, lamentarse*. Simplemente no hay un llamado a la amistad entre las mujeres en el directorio metafísico. A lo sumo, a las niñas se les otorgan alianzas provisionales y vengativas, artilugios identificatorios u otros fracasos en la consolidación de *mitsein*. ¡*Oh*! Sin embargo, no creo que Hegel, que se metió en esta discusión para ganarla, buscara dialécticamente la captura de un afecto poderoso para aumentar las apuestas de la amistad al convertir a las mujeres en enemigas destacadas.

Cuando nos desplazamos por el corredor filosófico de las determinaciones, *entablar una amistad* (la interlocución o el complemento de anexión narcisista que esto puede implicar) es de

forma permanente y estricta un asunto de hombres. Heredamos este estado de las cosas inquebrantable, permanecemos inscritas por su persistencia, no importa cuán alejadas supongamos estar de la lógica dañina del decir metafísico.

Dadas las circunstancias, ¿qué podía hacer? ¿Cómo no ser absorbida por el circuito recurrente de quejas?

Tengo una imaginación fértil y puedo hacer que sucedan todo tipo de cosas improbables. Como los seres emocionalmente frágiles con los que uno se encuentra de manera ocasional, puedo abrazar a la distancia a una cantidad de *grandes* amigos, *únicos* y sin duda *singulares*. Siempre soy honesta y muy intensa. Aun así, intento no ser una psicópata sobre cómo cultivar y mantener la amistad, ya sea real o ficticia, y cómo custodiarla con responsabilidad. Como nietzscheana, no me espanto fácilmente de las virtudes de la ficción, de las máscaras, del juego y de la danza de la *distanz* (las separaciones y divisiones que hacen posible la cercanía).

Uno no captura a un amigo, sino que se acerca guardando la distancia. Mantenemos la posición e intentamos no invadir el espacio aéreo del otro.

Sin embargo, en los casos que tenemos ante nosotros, para invocar una forma shakespeariana de esconderse en los placeres del lenguaje, es muy probable que esté compartiendo el espacio "*heredado*" donde nos esforzamos por no chocar ni interferir con el plan de vuelo del otro. En Shakespeare, "aéreo" y "heredado" (*air* y *heir*) se mantienen en movimiento o se eliminan entre sí. La responsabilidad de encontrar una residencia temporal en el trabajo de otro y en el espacio aéreo/heredado en el que se invierte energía es enorme, casi innecesaria especialmente si estás codificada como niña y debes tener en cuenta todos los problemas de legitimidad y la historia de peleas de gatos que implica este enredo de forma tradicional.

No es que los hombres no sean parricidas, fratricidas, genocidas. Mejor me callo.

Entonces, ¿cómo sortear esta vergüenza y aun así hacer que se mantenga algún tipo de programa de alcance legítimo basado en los protocolos de la amistad? Mi parte en cuanto a la *penisneid*, mi parte en relación con la envidia del pene, está envuelta en una amistad retenida, un apego o una disposición, una inclinación de "ser en el mundo" declarada fuera de los límites de las mujeres. Por supuesto, los hombres designados parlotean de forma asombrosa, desde Aristóteles hasta la actualidad, sobre la imposibilidad de lograr la amistad, pero esa queja opera en un nivel completamente diferente y en un registro de restricciones y tabúes.

¡Oh! Tal vez fui convocada por una política de amistad diferente, una cuadrícula diferente o práctica de escritura que nos acerca a la angustia del otro.

Por cierto, ¿sabes lo que significa ser mujer? ¿Sabes lo que es soportar insultos corrosivos todo el día, tener que luchar contra la insolencia todo el tiempo, cansarte por tener que demostrar quién eres y superarte, combatir sentimientos de inferioridad o culpa de forma excesiva, trabajar duro, agotarte hasta quedar en blanco al punto de ni siquiera poder quejarte?

No me hagan hablar. Así que incluyo aquí las tensas reglas básicas que me ayudaron a comenzar, o que permitieron tener tantos comienzos en falso: la crónica fuera de lo común de mi carrera. Mi compromiso con la universidad comenzó antes de que existiera un vocabulario para designar, aproximar o contener los vientos de acoso, los agravios falsos y los despidos

exacerbados que padecen las mujeres y las minorías de manera habitual. Intento convertir mi experiencia en un parque eólico. Podrás juzgar si estoy llevando a cabo mi proyecto sin arrastrar el resentimiento. ¡No dudes en leer las cicatrices que deprimen el cuerpo de este texto!

Impotente pero amenazante, la queja aparece en todos los rincones de la existencia que te atraen y te escuchan. Te llama de manera inadvertida.

Es una llamada que no solicitaste y que nadie quiso hacer. Tal vez así es como me gustaría que se considerara este ensayo, aunque entiendo muy bien que no me corresponde a mí decir cómo leerlo. Lo que sí puedo decir es que esta intervención provoca con frecuencia exclamaciones, de que se escapa el significado: *¡Oh! ¡Ay! ¡Ahhh!* La queja choca con su propia reserva de insultos, de acuerdo con la más sublime poesía de precisión balbuceante. Estos suspiros lingüísticos, o gemidos, estas señales de significado entregado y tensión exacerbada, marcan un lugar donde no se puede decir más, solo expirar, decir y escribir mientras se dice y escribe, como Kafka en "El vecino": "No me quejo, no me quejo" (*Ich klage nicht, ich klage nicht*). La duplicación de la frase indica que se está registrando una queja, que se incorpora el requerimiento repetitivo al que se suscriben todas las quejas. Como señalé, doy mucho lugar a la firme expresión "No puedo quejarme", por lo que no arrastraré el residuo hermenéutico de la cuasi negación y su tambaleante oscilación recuperativa en este momento: no puedo, debo quejarme. La estructura de "No puedo/debo" informa muchas instancias textuales. Todos se tambalean al borde del "Ya no puedo".

En algunos aspectos, negarse a quejarse (un gesto de "¿para qué sirve?") también indica que no nos quejamos lo suficiente: las cosas son mucho *más* calamitosas de lo que permitimos que sean. Pero me alejaré de este precipicio, no queremos terminar allí.

Puede resultar difícil que una muchacha se conecte con *El mal de Portnoy*.[15] Sin embargo, la naturaleza de este estudio y el informe de un lector confiable hicieron que lo incorporara aquí. No me asusto fácilmente y puedo aceptar las provocaciones de una pornología desafiante con relativa sencillez. De hecho, los textos escandalosos hacen atractiva mi existencia. Sin embargo,

los caminos que conducen al racismo y al sexismo hacen que me retuerza, es decir, que escriba. Me hacen escribir o rayar un texto, a modo de protesta,

ya que entiendo que la obscenidad a menudo necesita tomar caminos socialmente repugnantes para mantener su impacto. Lo entiendo, pero mis cuerpos no siempre pueden tolerarlo. Por ejemplo, no puedo contenerme cuando se insultan formas vulnerables del *dasein*: menospreciar la herida sería mi agravio más doloroso, mi queja principal, y aclaré este punto de obsesión muchas veces dentro y fuera de la máquina de escribir. No obstante, en la novela de Philip Roth, convergen varios hilos conmovedores que sin duda vale la pena destacar. En primer lugar, es decir, en último lugar, el trabajo se detiene en tres líneas completas de "¡aaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaahhhhh!". Una reinscripción de "ay", una flecha que apunta a "aia", "¡oh!" expira el último suspiro significativo, y enumera el destino de todas las quejas, vuelve al origen del grito de la escritura, lanza un suspiro iniciático: "ohhh", el objeto a, o el comienzo de nuestras culturas alfabético-lógicas. En cualquier caso, la expresión final de "¡aaahhh!", etc., marca el lugar de la renuncia extrema, el sitio donde el texto dice, con un fuerte acento judío alemán/austríaco: "Quizá ahora puedo comenzar, ¿verdad?".

Al permitir un reinicio y una afirmación, "ahhhhh", etc., lanza el "remate" complementario, un microgramo y una pequeña obra que continúa luego del último "¡aaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaahhhhh!". "Entonces [*dijo el médico*], quizá ahora puedo comenzar, ¿verdad?".

Me tienta dejar que mi propio análisis comience aquí, y tal vez así sea. Para el protagonista de Roth, la queja quizá sea la única forma de verdad a la que tiene acceso. Es como si la verdad hubiera tenido que cubrirse con la luz ambigua de un discurso despreciable. También puede ocurrir que el daño indecible deba ser empaquetado en un tipo de fraseo que socave su propiedad portentosa, se anule a sí mismo y se haga pasar por algo anodino, ridículamente insuficiente para su tarea.

Más allá de ser irritante, la queja tranquiliza la peor parte de una historia insufrible, llevándola a un nivel de despliegue repetitivo.

La sobreexposición del fraseo sirve como tachadura y permite la represión de la cosa evocada. Cualquier fraseo tiende a debilitarse o aturdirse bajo la presión de su repetición molesta. Sin embargo, en el caso de Portnoy (la novela se presenta como un estudio de caso), como en otros textos que abordan la queja, hay una cuestión de desplazamiento a la que apunta el texto. Al insinuar que en la época actual no puede elevarse al nivel del descargo elegíaco, sin pretensiones sobre su incapacidad poética de tocar la base del dolor, *El mal de Portnoy* abre una ventana a su perturbado entorno trágico mediante un diálogo con la hermana. La queja, según lo que registra la novela, marca el espacio vacío del terror nazi.

> ¿Puede usted indicarme una fecha aproximada, doctor? ¡Cuándo voy a curarme de lo que tengo!
>
> ¿Sabes –me pregunta– dónde
> estarías ahora si hubieras nacido en
> Europa en vez de nacer en Estados Unidos?
>
> *No es esa la cuestión, Hannah.*
>
> Muerto, dice.
>
> *¡No es esa la cuestión!*
>
> Muerto. Gaseado, tiroteado, incinerado, despedazado,
> enterrado vivo. ¿Sabes eso? Y por mucho que hubieras gritado que no, que no, que tú eras un ser humano y no tenías nada que ver con el estúpido legado de sufrimiento de los judíos, igual te hubieran echado mano y se hubieran deshecho de ti. Estarías muerto, y yo estaría muerta, y...
>
> *¡Pero es que no es a eso a lo que me refiero!*
>
> Y tu padre y tu madre estarían muertos.
>
> Pero ¿por qué te pones de su parte?
>
> *No me estoy poniendo de parte de nadie, dice ella.*
>
> *Supongo que gracias a los nazis todo lo que ella dice o hace es brillantísimo e inteligentísimo. Supongo que los nazis son una excelente justificación de todo lo que ocurre en esta casa.*
>
> No lo sé, dice mi hermana, quizá, quizá sea eso, y ahora se echa a llorar, también, y qué monstruoso me siento, porque ella derrama sus lágrimas por seis millones de víctimas, o eso creo, y yo derramo las mías solamente por mí. O eso creo.[16]

***

Acerca de esta obra: Debería haber sido una elegía. Debería haber cerrado un período de luto e interrumpir así los obstinados horarios de un dolor no secuestrado. En cambio, el trabajo se aferró a las expresiones derrotadas y dejó que la queja, obstinada por naturaleza, hiciera girar su ronco motor.

***

¡Uf! ¿Si tengo agravios? ¡Desde luego! ¡Albergo odios dentro sin haberme enterado! ¿Esto forma parte del proceso normal del análisis, doctor, o es lo que llamamos "material"? No hago más que quejarme, la repugnancia parece insondable...[17]

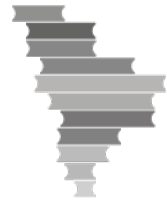
13. [N. del E.] "Perorata" o "habladuría" en alemán.

14. Consultar en particular la discusión de Derrida sobre los cambios en la amistad en la Ética a Nicómaco y la Ética a Eudemo, además de las reflexiones sobre la intensificación de la amistad que ofrece Blake como otra cara de la moneda: "Sé mi enemigo por el bien de la amistad", en Políticas de la amistad, trad. George R. Collins (Londres: Verso, 1997).

15. [N. del E.] En español, El lamento de Portnoy, novela publicada por Philip Roth en 1969 que recrea las detalladas y perversas confesiones sexuales de Portnoy, el protagonista, a su psicoanalista.

16. Philip Roth, El mal de Portnoy (Nueva York: Vintage Books, 1967), 77–78.

17. Ibíd., 94.



LIBRERÍA LATINOAMERICANA Y CARIBEÑA DE CIENCIAS SOCIALES
CONOCIMIENTO ABIERTO, CONOCIMIENTO LIBRE

Los libros de CLACSO pueden descargarse libremente en formato digital o adquirirse en versión impresa desde cualquier lugar del mundo ingresando a www.clacso.org.ar/libreria-latinoamericana

Contenido

1. Presentación
2. La queja de la modernidad

Marcadores

1. Tapa
2. Tabla de contenido